Nacimiento.—

En la madrugada de ayer ha nacido María Matilde Pérez, hija del señor don Jorge Pérez Ruiz Tagle y de la señora Matilde Cerda de Pérez.

—Ha venido al mundo René David Lasiá Peña, hijo del señor Luis Eugenio Lasiá C. y de la señora Flácida Peña de Lasiá.

Fallecimiento.—

A las 11 1/2 de la mañana de ayer ha fallecido la señora Matilde Cerda de Pérez, miembro de distinguida familia de nuestra sociedad.

Este fallecimiento lleva el luto a un hogar recién formado, donde se practicaban las más nobles virtudes.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Grandes cambios ocurren en la década del veinte en Chile. El ascenso al gobierno de Arturo Alessandri Palma, la constitución política de1925, la ley de educación primaria obligatoria, el fin de la primera guerra mundial traen grandes transformaciones en las costumbres. El rol de la mujer experimenta fuertes cambios en la sociedad y en el arte la vanguardia parisina es absorbida en Chile con la aparición del Grupo Montparnasse.

Matilde Cerda Cruz, mi madre.

Cuando expresé el interés de escribir la historia de las vanguardias de este siglo, por haber nacido y haberme desarrollado en ese tiempo, abarcando prácticamente todo este periodo, mi hijo Gustavo Carrasco Pérez y mis nietas Catalina Carrasco y Camila Carrasco, me manifestaron el deseo que escribiera también sobre mi vida, uniéndola al desarrollo del arte geométrico, especialmente en lo que atañe al arte latinoamericano.

Mi nacimiento fue a finales de la segunda década del siglo XX.
Mi historia es muy personal. Es algo curiosa, porque no todas las cosas que me han ocurrido tienen respuesta. Ya antes de venir al mundo, cuando mi madre, Matilde Cerda, me esperaba, se obsesionó con la idea que iba a morir el día de mi nacimiento. Nadie le creyó y el médico que la atendía se molestaba y le insistía a mi padre, Jorge Pérez, que no era necesario verla tan seguido, que el proceso de nacer era algo muy natural.

Los hechos demostraron que ella tenía razón. A los pocos minutos de haber nacido, y cuando el médico se retiraba despidiéndose, le demostraba lo equivocado que estaba. El doctor no alcanzó a llegar a su casa, que estaba a media cuadra, cuando fueron rápidamente a buscarlo. Al volver vio que se sucedían las fatigas, fatigas de muerte.

Mientras yo recién abría los ojos a la vida, mi madre los cerraba para siempre. En medio de todo este drama, llegaba mi tío Roberto Pérez, hermano de mi padre, y al ver tanta confusión y desconcierto pregunta: "¿dónde está la niña?" ... Nadie se había acordado de mí, tuvo que buscarme en una de las tantas piezas y ahí estaba helada; me calentaron y me abrigaron.

Quedé huérfana de madre, algo que, de alguna manera, habría de influir para siempre en mi vida. Su ausencia me trajo serios problemas en mi alimentación, pues en ese entonces no existían todas las facilidades de hoy día, lo que significaba conseguir amas de leche para alimentarme, pero por diferentes motivos tenían que cambiarlas. Estábamos en el campo y traían a una campesina con su guagua recién nacida, pero venía tan sucia que la hacían bañarse y eso bastaba para que se le secara la leche y así continuaban los cambios. Me dieron también diferentes leches, lo que trajo como consecuencia que me enfermara con catarro intestinal. A mi abuela, Matilde Cruz, además del dolor y la angustia de perder a su única hija, se le sumó el drama de resolver la alimentación de esta criatura, la que lloraba sin cesar por la falta de alimento adecuado.

Los médicos, al no poder mejorarme, no aseguraban mi existencia y pensaban que si llegaba a los cinco años, viviría. Cuando lograban que engordara algo, se apresuraban en llevarme a un buen fotógrafo. Yo creo que era para guardar un recuerdo.

En medio de todos estos altos y bajos, desde que nací hasta los tres años no hablaba absolutamente nada. Mi padre estaba desesperado que fuera sordomuda de nacimiento, pero los médicos le aseguraban que era imposible, porque se notaba que, por mi expresión, entendía todo, y eso quería decir que oía. Hasta que un día mi tío Manuel García, el único hermano de mi madre, que también vivía en el fundo, aprovechó que mi padre había ido a Santiago para prohibir que me dieran de comer hasta que yo hablara. Les sonreía mostrándoles con señas lo que quería, me ponía a llorar, pero nada lograba, hasta que opté por hablar de

corrido, y cuando llegó mi padre vio con gran sorpresa que era capaz de hablar.

Mi padre era el menor de los hijos de Ismael Pérez Montt y de Filomena Ruiz-Tagle. Mi abuelo era un gran balmacedista y además amigo personal del Presidente. Fue Ministro de Educación y de Justicia (1890 - 1891). En los últimos meses del Gobierno de Balmaceda mi abuelo fue Ministro del Interior y de Hacienda, cuando Balmaceda ya estaba prácticamente derrotado.

Era algo inminente, naturalmente, que mi abuelo tenía que sufrir las consecuencias. Las circunstancias lo obligado a exiliarse, dejando a la familia en Chile. Partió acompañado de Claudio Vicuña a Europa. Durante un tiempo no se tuvo noticias de él, no se sabía si estaban vivos.[1]

Mientras tanto la casa que habitaban en Amunátegui 72, muy cerca de la Moneda fue saqueada y mi abuela tuvo que huir con su hijo Jorge, que en ese entonces sólo tenía unos meses. Quedaron sin nada, no quedó ni un solo recuerdo de familia.

Poco después llegaron noticias que mi abuelo estaba en Buenos Aires, revalidando su título de abogado. El tener reconocido su título le permitió trasladar a su familia a Buenos Aires, donde vivieron de siete a diez años. Tenía diferentes trabajos, entre otros fue abogado del Banco Constructor de La Plata. Ganó varios juicios en diferentes instituciones, obteniendo comentarios muy elogiosos. Estaba ya bastante instalado cuando le llega de Chile una invitación a postular a una senaduría por Concepción.

Al regresar fue nombrado presidente del partido Liberal Democrático (1902 - 1905). Aceptó su postulación. Esto lo compromete para volver definitivamente a Chile y participar nuevamente en política. Bastante lamentable fue la vuelta, porque tiene una desagradable y fuerte discusión política. Esta molestia le produce un ataque al corazón, y muere unas horas después el 15 de marzo de 1905, en su casa de Amunátegui 72, la que había recuperado al regresar al país.

Para él la política era su mundo. Creo que se dedicó a la política inclinado por su padre, que fue diputado por Casablanca (1857 - 1861).

A mi abuelo no lo conocí. Mi padre tenía entonces sólo ocho o nueve años. A mi abuela Filomena la conocí muy poco, yo era muy chica y mi abuela vivía con su hija casada junto a su familia. Pasaba los días sentada en un sillón por su parálisis. Ese es el único recuerdo que me quedó grabado de ella.

El mayor de los hijos de Ismael Pérez Montt, era Juan Carlos Pérez. Mi padre era el menor y tenían una diferencia de alrededor de 20 años. Mi tío era alumno de la Escuela Militar. Siendo un estudiante sobresaliente lo mandaron por tres años a estudiar en Alemania. Estando allá estalló la primera guerra europea y se enroló en el ejército alemán. Fue enviado al frente como observador en el ejército, en el Norte de Francia.

Mi tío pudo vivir en Alemania varios años por ser Agregado Militar. En las conversaciones se hablaba de este pariente militar al que yo no conocía, esto me producía mucha curiosidad.

Años después volvió definitivamente a Chile con su señora alemana de nacimiento y el hijo de ella. Ella era mi tía Juanita. Mis tíos eran muy aficionados al arte, disfrutaban con todo lo cultural. Mi tío había viajado mucho, visitado muchos museos, era muy culto.

Fui muy celebrada por ellos por mis aficiones artísticas. Siempre que salía algo en la prensa lo recortaba, para guardarlo. Cuando revalidé mis estudios, por no tener exámenes válidos, mi tío se condolió y me tomó a un profesor de pasante, especialmente, en matemáticas, física y química. Apenas pude pasar, pero logré el reconocimiento.

Mi tía Juanita viajaba cada dos años a ver a su familia en Alemania y en uno de esos viajes eligió uno de mis primeros croquis para mostrarlo en Düsseldorf, donde tenía amigos artistas. A los profesores les interesaron y me ofrecían que siguiera mis estudios allá. Cuando ya mi tía venía de vuelta se declaró la segunda guerra europea. Esta duró seis años, lo que puso punto final a mis aspiraciones.

En Alemania y en España le dieron una condecoración por un invento para una pieza de artillería. En Alemania, además, le

[1] "Anales de la República", Luis Valencia Avarias, tomo II, pág. 349.

Ismael Pérez Montt, mi abuelo.

Matilde Pérez Cerda

dieron la Cruz de Hierro por sus méritos en su capacidad militar. Esta es una condecoración que en muy raras ocasiones se da a un extranjero. Terminó su carrera como General de la República.

En cambio, con mi abuela Matilde viví hasta que ella murió a los ochenta años. Entonces yo tenía 18, lo cual fue muy duro, porque quedaba muy sola, había cerca de mí muy poca familia.

Mi abuela Matilde Cruz Vergara era hija de Anselmo Cruz y Luciana Vergara Albano, prima de Albano Pereira, que era de origen judío y tutor del Director Supremo Bernardo O'Higgins por orden de su padre, don Ambrosio O'Higgins. Mi abuela se casó dos veces, primero con Ramón García-Socazas Castillo. Volvía a Chile después de sus estudios en la Universidad de Heidelberg, en Alemania. Era la atracción de todas las niñas casaderas, era lo que se llama hoy día un buen partido. Mi abuela se propuso que ella lo conquistaría y se casaría con él. Él era alto y buen mozo. Mi abuela era considerada una de las bellezas de su tiempo. Duró pocos años el matrimonio, porque él murió a los 33 de bronconeumonía, en la Chacra El Castillo, y tuvieron un solo hijo.

El segundo matrimonio de mi abuela fue con José Manuel Cerda Bezanilla. Él la vio en la Estación Mapocho cuando partía en la luna de miel y le tiraban arroz a la novia. No la olvidó y como era su costumbre vivía permanentemente en París. Estando en un café vio un diario de Chile, en el que salió la defunción del marido de mi abuela. Al ver esto volvió en el primer barco que partía a Chile, resuelto a conquistarla y a casarse con ella. A mi abuelo Cerda tampoco lo conocí, tuvo una sola hija y él murió cuando mi madre tendría unos 14 años.

Era todavía muy chica, cuando mi padre disfrutaba llevándome a Gath y Chávez, la tienda más importante que había en esa época en Santiago. Todo o casi todo se traía de París. Estaba en pleno centro. Me subían al mostrador. Les gustaba verme muy tranquila, dejando que me pusieran los vestidos. Las vendedoras me tomaban

como si fuera una muñeca y yo las dejaba que me pusieran cuanto se les ocurría, pero cuando llegaba el momento de elegir, ahí sí que cambiaba todo. Yo ya tenía mi elección hecha y era imposible que cambiara. Siempre elegía el más caro, no me equivocaba nunca. Yo decía "ete" y la elección estaba hecha. Lloraba a mares y nadie me hacía cambiar, a mi padre no le quedaba más que ceder para terminar por fin.

Crecí en el campo, como corresponde a una hija de agricultor. Me encantaba subirme a los árboles, especialmente a las higueras, que eran enormes y en las copas de sus ramas me batía con el viento, pero para subirme tenía que colgarme de un tronco y tomar vuelo hasta quedar sobre las ramas y ahí ya era más fácil seguir subiendo. Lograba subir los pies y ahí quedaba. Estas higueras estaban paralelas al huerto, donde había un parrón de casi dos cuadras. Estando yo arriba de las ramas vi como mi padre junto a varios inquilinos me llamaban, buscándome afanosamente, y decían "capaz que se haya caído al estanque". Era la hora de almuerzo y no aparecía por ningún lado. Pero yo estaba feliz arriba de la higuera, comiendo higos. Cuando bajé me preguntaron si no los había visto desesperados buscándome. Nunca mentía y les contesté que sí, pero como estaba tan contenta no veía el apuro de bajarme. Me tuvieron dos días encerrada en una pieza.

Me fui sumergiendo en mi propio mundo de fantasías y sueños, fui creciendo sin protección de mi madre, disfrutando de esa vida simple, bañándome vestida en las acequias canalizadas, quedando completamente tapada, sólo la cabeza afuera y así regresaba a la casa, subía las escaleras, recorría la galería hasta llegar a mi pieza. Tenía un deseo que cumplir: ver la salida del sol al amanecer. Un día pensé que tenía que cumplir tan ansiado anhelo, me levanté muy temprano, me vestí y salí en puntillas de mi pieza. Atravesé la enorme galería hasta llegar a la puerta de la casa del fundo. Era tan grande que tuve que subirme en una silla y así pude alcanzar la chapa y abrir. Salí dejando la puerta bien junta. Llegué al jardín. Frente a las casas había enormes encinas, pero hacia un lado del jardín había dos pinos que tenían una hamaca. Me acosté en ella hasta esperar la salida del sol. Salía detrás de la cordillera. Ese espacio era sin árboles y desde la hamaca tenía una vista maravillosa, apareciendo el sol en todo su esplendor con la luminosidad de sus rayos. Estuve un tiempo mirando y cuando ya dejó de ascender me fui muy tranquila a mi pieza. Ya mis deseos estaban cumplidos. Entré a la casa con mucho cuidado, dejando la puerta muy cerrada, todo en su lugar. Me fui a acostar, me metí vestida en la cama y esperé el desayuno. Nunca supieron mi gran aventura: ver la salida del sol. Tenía mi propio caballito mampato que siempre me esperaba ensillado. Me las arreglaba

Mi familia Pérez Ruiz - Tagle:
Juan Carlos Pérez Ruiz - Tagle, Filomena Ruiz - Tagle, Ismael Pérez Montt, abuela, Roberto Pérez Ruiz - Tagle, Raquel Pérez Ruiz - Tagle, Jorge Pérez Ruiz - Tagle.

Matilde Cruz Vergara, mi abuela materna.

sola y salía a recorrer el huerto que era de varias cuadras, igual de grande era el parque. Nunca me botó, pese a encabritarse varias veces. Esa era mi vida. Vivía feliz y algo me protegía.

Como a muchas de las cosas que me han ocurrido, no le encuentro respuesta. Apenas tenía cinco años, cuando pensé que de grande sería pintora. Nunca me he podido explicar las razones que me movieron a pensar así. De dónde nació este deseo. No tenía motivaciones ni nada que ver con lo artístico, salvo mi madre que estudió música antes de casarse y con bastantes condiciones, según su profesor de nombre Paoli, artista muy reconocido como pianista.

No tenía edad para darme cuenta del compromiso que significaba dedicarme al arte. Esta fue una idea fija que permaneció en el tiempo. Mientras tanto, sin apuros, esperaba el momento. Esto era para mí una parte de mi mundo oculto, aquello que nunca diría a nadie. Sólo lo hablé cuando ya era una artista reconocida y ya no me importaba el comentario.

Sumado a mis anteriores problemas de salud, tenía además otro, del cual no recuerdo el nombre. Me daba periódicamente. Estando dormida despertaba aterrada gritando. Me daba fiebre muy alta sin motivo aparente. Ésta duraba varias horas y sólo había que esperar que pasara. Según los médicos, no había nada especial que hacer. Esto duró hasta los siete años y después se pasó totalmente, sin dejar secuelas. Se produce en niños muy sensibles.

Algo muy común en casi todos los niños es la peste cristal. A mí me dio con mucha fiebre y fue necesario guardar cama. Además, por orden del médico, tenía que tomar todo caliente. Me moría de sed y como lo caliente no me ayudaba a combatirla, me tenía desesperada. Hasta que discurrí que cuando me llevaran la bebida caliente, no me la tomaría hasta que se enfriara. Así lo hice. Como pasaba tantas horas sola en mi pieza, mi padre se daba una vuelta para ver cómo estaba y si necesitaba algo. Por su trabajo en el campo, no podía estar más horas acompañándome. Aproveché un rato de soledad y me tomé feliz la bebida que estaba fría.

Para qué digo el espanto de mi padre al verme gravísima. Las pintas se desaparecieron y se fueron hacia dentro. Era tal su desesperación que me gritaba qué había hecho para estar así. En medio de la fiebre que me volaba, le confesé que había esperado todo el día para tomarme el jugo frío. El médico fue llamado de urgencia y declaró que tenía sólo algunas horas para hacer que aparecieran de nuevo las pintas de la peste cristal, con los remedios y haciéndome transpirar. Mi padre no halló nada mejor que amarrarme con un cable a la cama, con somier, colchón y ropa. No podía destaparme de ninguna forma, estaba asegurada de la cabeza a los pies. Mientras él aparecía a verme. Creo que fueron dos o tres días y transpiré tanto que debajo de la cama había una pequeña poza, no por otras causas, porque me ponían la chata continuamente. Salieron las pintas y aquí me tienen contándoles cómo me salvé.

Mi padre resolvió casarse para que yo tuviera una mamá. Se casó con Marta Edwards Reyes. Para casarse necesitaron la libreta de matrimonio y se encontraron con la sorpresa que yo no era hija de mi madre, pues su defunción era anterior a mi nacimiento. Fue todo un problema legal. Mi abuela, que aún vivía, tuvo que certificar que le constaba que yo era su nieta. Habían pasado cinco años desde la fecha de mi nacimiento. Muy luego empezaron las fatigas de muerte de mi madre, el médico que la atendía y el

que fue llamado por mi nacimiento se dedicaron por completo a salvarle la vida, pero todo fue imposible. Al poner los avisos de defunción, dos tíos hicieron los trámites separados sin ponerse de acuerdo, era tan grande la confusión que nadie comprobó la realidad y ahí estaba sin que nadie supiera de quien era hija hasta que mi abuela pudo declarar mi existencia. Decretaron que había que "civilizarme" y resolvieron que debía estar bajo los cuidados de una nana. Era de cierta edad y como yo estaba acostumbrada a mi expansión, me las arreglé para correr lejos y hacerles "hui chi chio" y luego me desaparecía. Por cierto, desfilaron varias nanas, muchas de ellas no duraban más de un día. A las pobres las despedían por inútiles.

Cuando tuve edad suficiente y estaba mejor de salud, me internaron en las Monjas Inglesas. Fue un cambio radical en mi vida, pero diría que me alegró.

Tenía serios problemas con las comidas. Se ponían muy nerviosos al ver que no comía casi nada y que lo peor era que lo vomitaba. Estaba muy delgada y los médicos le decían a mi padre que era una "mañosa". La solución, a juicio de ellos, era que me dejaran sin comer o que me pegaran. Mi padre no sabía qué hacer conmigo y terminaba pegándome.

Con la entrada a las monjas, donde me internaron, se olvidaron los problemas alimenticios y, gracias a eso, tenía una cierta tranquilidad. Hace algunos años, me operaron de una hernia al hiato y, según el médico que me intervino, la traía de nacimiento. Pienso tanto que me castigaron por la ignorancia de los médicos de ese entonces.

En las monjas me costaba ceñirme a la rigidez de los horarios, a los que naturalmente no me adaptaba. Por temor no me quejaba, pues tenía miedo de que se enojaran conmigo. Para evitar los castigos guardaba silencio.

Un día me enfermé y me llevaron al médico, a uno que era muy conocido, de mucho prestigio y contrario a la educación de las monjas, el Dr. Castro Oliveira. Dejó a mi padre en la sala de espera y entró conmigo a la consulta. En ésta empezó un verdadero interrogatorio. Frente a sus insistentes preguntas, terminé por confesarle que no dormía y que tenía pesadillas con las monjas. Todo esto había comenzado cuando le dije a la Superiora que no pensaba ser monja, que lo había aceptado cuando era pequeña, porque no me daba cuenta de lo que significaba ser monja de claustro. Al salir de la consulta y cuando se enteró mi padre de los resultados de aquella entrevista con el médico, no podía creer todo lo que yo había sufrido y lo que a él más le extrañaba era que nunca se lo hubiera confesado. Por orden del médico, me sacaron de ese colegio.

Despedida de soltera de Marta García Rengifo en el Club de la Unión, en el año 40. Entre las presentes: Marta García Izquierdo, Mercedes Arrieta, Josefina Larraín, Susana León, María García Izquierdo.

Estaba pasando las vacaciones del colegio en mi casa, que era el fundo o la Chacra El Castillo, como también se llamaba, lugar donde vivíamos. Estaba en el jardín junto a la nana que cuidaba a uno de mis tres medios hermanos que dormía en su coche de guagua. Ellos eran Ismael Pérez Edwards, Marta Pérez Edwards y Jorge Pérez Edwards. De pronto se me ocurre mirar y veo entrar al jardín, a un perro grande con la cabeza gacha. Lo primero que pensé fue echar al afuerino, para lo cual recogí una piedra con el propósito de lanzársela. El perro, al verme cerca con el brazo en alto para arrojarle la piedra, se me fue encima para morderme, afirmándose de mí. Comencé a tambalearme. Tenía su hocico frente a mi cara y yo seguía con el brazo levantado sin poder hacer ningún movimiento. La nana corrió hacia mí cuando me vio a trastabillones, dándole pedradas en la cabeza, gracias a que había grandes piedras junto a la cuneta. El perro finalmente optó por irse. Quedé muy mal, muy asustada. La nana me llevó a buscar el coche con la guagua y fuimos hasta las casas en donde ubicó a mi padre y le contó lo sucedido. Venía toda sucia. Por suerte tenía puesto el abrigo que estaba lleno de babas del perro. Eso le permitió a mi padre darse cuenta que el animal estaba rabioso. Al sacarme el abrigo, cuál sería su espanto cuando cae al suelo un pequeño trozo de carne. Me había mordido mientras tenía el brazo en alto. Gracias al abrigo, el daño fue menor. Fue en la muñeca del brazo derecho. Además de lavarme y hacerme curaciones en la herida, lo que más apuraba era llevarme a examinar, para comenzar el tratamiento de las inyecciones para la rabia. No teníamos auto y esto no podía esperar. Llamó por teléfono a un fundo vecino, Rafiñí de los Costabal Echenique, y les contó lo sucedido. De inmediato partimos a Santiago. Me llevaron al lado de la Estación Mapocho, separada por el río. Aún existe el edificio, (es un gran centro o instituto) donde se colocaban en esa época estas inyecciones. Tenía que ponerme cuarenta de ellas, una al día. Éstas se ponen en el estómago. Fue terrible para mí por lo flaca que estaba. Tenían que pescarme el pellejo del estómago, para poder inyectármelas. Debíamos viajar diariamente, lo cual era una gran molestia.

El perro siguió su camino, el camino de Santa Rosa. A un lado había un zanjón que siempre estaba con agua corriente hasta el borde. El perro encontró a un borracho y lo mordió, quien a pesar de su estado se enfureció y lo tiró al canal, donde se ahogó. El pobre borracho también murió luego de algunas horas, contagiado con la rabia.

Mi abuela materna, con la que yo estaba viviendo, tenía una lora que se puede decir que la acompañó toda su vida. La lora tenía muchas anécdotas, entre éstas se cuenta que había dos candidatos a la Presidencia, uno de los cuales era Pedro Montt. La lora pasaba en su gran jaula, en uno de los balcones del segundo piso de la casa. La balaustrada impedía la visibilidad desde abajo. La lora era partidaria de Montt, porque la sede del partido estaba a la vuelta. Entonces cuando pasaban los partidarios del otro candidato gritando a favor de él, la lora se trastornaba gritando con todas sus fuerzas a favor de Montt. Era tal la furia de los contrarios que tiraban piedras y quebraban todos los vidrios de las ventanas. Mi abuela no podía hacer nada, pues era imposible asomarse para hacerles ver que era sólo una lora. Era un desastre y con la bulla de los gritos, más la sonajera de piedras y vidrios, la lora se ponía más frenética y gritaba más. Lo peor era que los partidarios no seguían avanzando y esto no terminaba. Claro que cuando pasaban los de Montt no había ningún problema, la lora gritaba con toda su fuerza "¡Viva Montt! ¡Viva Montt!". Todos estaban de acuerdo.

Imitaba la voz de casi todas las personas que estaban cerca. Generalmente, mi abuela le gustaba vivir en el segundo piso. En una ocasión se enfermó grave una anciana que vivía en los bajos y todo el día se quejaba "¡Ay, Dios mío, ay Dios mío!, ¡Ay doctor!". La lora tanto oírla se aprendió el estribillo y repetía todo el día lo mismo, haciéndole coro a la enferma. Subieron indignadas a quejarse que como era posible que hubiera tanta maldad y no tuvieran compasión de una pobre enferma. Cuando les dijeron que era una lora, no podían creerlo y tuvieron que verla y oírla para convencerse de la realidad.

Había una perrita blanca lanudita y le gustaba salir a la terraza a tomar el sol. En la misma terraza estaba la lora en su jaula y le encantaba imitar a la nana, que le decía a la perrita, cuando solía asomarse, "váyase para adentro" con una voz muy firme. La perrita obedecía y se iba para adentro. Cuando se daba cuenta que era la lora, se ponía furiosa, ladrándole y brincando sobre la jaula. Había que apurarse a sujetar la jaula, antes de que la botara.

La lora bailaba y cantaba una cueca, era bastante agraciada en sus movimientos y seguía perfectamente, con el canto, el compás del baile. Lástima que no recuerdo el nombre de la cueca. Valía la pena oírla.

Todos los años para el mes de María, rezábamos todo los días del mes un rosario. Era en la pieza de mi abuela. Como ya era un poco tarde, estaba la jaula en la pieza con la lora. Estábamos mi abuela, mi tía, mis primos y yo, a veces la nana. Juntos rezábamos. Cuando ya tocaba el rosario, entraba la lora a acompañarnos en las oraciones.

Mi abuela rezaba el comienzo del Ave María y nosotros contestábamos en coro el Santa María. Mi abuela estaba más

Mis tíos, don Manuel García y señora Matilde Correa, conmigo en La Serena.

adelante y nosotros más atrás. Nos mirábamos y de común acuerdo no contestábamos el Santa María, pero la lora le seguía perfectamente bien y muy seria, sin palabras, pero sí todo el estribillo hasta el término. A mi abuela esto le parecía pésimo y como lo hicimos varias veces, se llevó la lora al baño y con la puerta cerrada. Era increíble lo bien que lo hacía, con la misma entonación de nosotros y, aunque nos calláramos, ella seguía.

La lora vivió con mi abuela se puede decir que toda su vida, durante sesenta años. A veces la lora se enojaba y daba vuelta el jarro de té con pan remojado, lo que significaba hacerle todo de nuevo. Yo nunca supe el motivo, mi abuela se molestaba, pero nunca dijo las causas.

Un día la lora amaneció triste, cosa rara porque siempre estaba animada. Mi abuela se alarmó y pensó que era el final. Y así fue, ese mismo día moría en la tarde. Para mi abuela fue muy triste, pues quedaba sola después de tenerla de compañera casi toda la vida. Mi abuela pensó que esto era un anuncio para ella, que no le quedaría mucho tiempo.

Del internado de las Monjas Inglesas, conservé varias amigas, entre ellas, Susana León, María Correa, Florencia Donoso Carrasco. Luego pasé al internado de las Monjas Francesas. Recuerdo especialmente a Marta Monckeberg, Gabriela Caballero, las hermanas Arrieta, las hermanas Larraín Undurraga, Luz Montes, Mariana Lyon, junto a otras con las cuales mantuve siempre amistad. Era otro colegio con otro tipo de educación, más de acuerdo a los tiempos. Estaba el colegio recién terminado. Nosotras, por gusto y por juego, regábamos los árboles. Teníamos piscina en verano o en días de calor y durante los festivos nos bañábamos hasta dos veces en el día. En una ocasión que no recuerdo bien, la monja prohibió a una de las alumnas, Virginia Larraín, que se bañara, porque se había portado mal. Ésta no esperó dos veces y se tiró vestida a la piscina. Para no ser menos, su hermana Amelia, también la siguió. Luego nos obligaron a vestirnos para acabar con nuestras locuras.

Había casas frente al colegio y en una de ellas vivía una señora amiga de las monjas, quien nos invitaba a tomar el té, junto a tres o cuatro alumnas. Nos atendía con exquisiteces. Salíamos solas

del colegio y volvíamos temprano, a la hora fijada. Todo esto era para que aprendiéramos a compartir con otras personas. En buenas cuentas, por educación.

Se nos hablaba de lo natural que era casarse y tener hijos. Nuestras salidas eran solamente una vez al mes. Pero continuamente teníamos visitantes inesperados, que venían a ver a alguna de las candidatas. Pasaban en aviones de vuelos rasantes sobre los patios del colegio. Era una verdadera tanda. La monja que nos cuidaba casi moría por temor a que ocurriera un accidente y nos hacía acostarnos en el suelo. Nosotras les hacíamos saludos a los visitantes que pasaban tan bajos que, según el ángulo, podíamos verles las caras. Era un verdadero jolgorio.

Los días domingo estaban destinados para las visitas. Venían los familiares y amistades, lo cual duraba un par de horas.

En las monjas francesas, las grandes teníamos pequeños dormitorios independientes. Una cama, un ropero, lavatorio y una alfombra pequeña. Éstos daban a un corredor y las piezas quedaban frente a frente. Pienso que deben haber sido entre treinta y cuarenta dormitorios.

Todas las mañanas, al igual que en las noches, rezábamos una oración con la puerta abierta, una oración común. Los días domingo cuando nos visitaban los familiares, nos traían golosinas que nosotras escondíamos para tener durante la semana. Pero el domingo por la noche, casi todas nos convidábamos a la hora de la oración y se sentían como verdaderos cuetes al chocar contra la puerta, cuando al lanzarlas no caían en las manos. Había una sola monja a lo largo de todo el pasillo. No alcanzaba a explicarse el pequeño ruido. Aparentemente no pasaba nada, generalmente eran caramelos. Nosotras gozábamos con esta "oración reparto", claro que siempre los tirábamos a las piezas que estaban al frente, de este modo, era más fácil acertarle con el envío.

Los dormitorios estaban en el segundo piso y teníamos una ventana que estaba al fondo de la pieza. Una noche estando dormida, siento un ruido extraño, algo así como un aleteo. Desperté de pronto sin entender qué pasaba. Prendí la luz y casi muero de la impresión al ver un murciélago revoloteando en mi pequeña pieza, girando alrededor de la ampolleta. Trataba de echarlo por la ventana e intenté espantarlo con mi bata, pero era imposible. De pronto cayó encima de mi cama y ahí sí que me asusté. Dónde iba a dormir. Estábamos a media noche, por tanto teníamos para rato.

Sin saber cómo solucionar esta situación, lo tiré al suelo, sacudiendo fuertemente las frazadas. Allí empezó otro problema: ¿qué hacía ahora con este "pajarraco", moviéndose por todos lados? Miré debajo de mi cama y vi la "cantora". Me fascinó la idea de poder taparlo y capturarlo, pero tampoco resultó tan simple, pues empezó a moverse con cantora y todo. No podía volar, ni salir de allí, pero yo tampoco podría dormir con la bulla que metía. Seguí buscando soluciones. Vi la alfombra y la puse encima, pero no era suficiente. Abrí el pequeño ropero y vi la caja metálica, más o menos grande y de peso considerable, en la que guardábamos todos nuestros utensilios de uso diario. Como no quedaran ya más soluciones, fue un acierto. Puse la caja encima de todo y ya no se movió más. Así pude dormir lo que me quedaba de noche.

A la mañana siguiente, teníamos muy poco tiempo para vestirnos y llegar oportunamente a la misa. Con el apuro olvidé avisar de mi problema. Sólo despejé la pieza, sacando la caja metálica y la alfombra.

Luego de la misa íbamos a tomar desayuno. En ese momento recordé con espanto que no había avisado de la presencia del murciélago, pero ya era demasiado tarde. Había quedado literalmente "la grande". Me llamó la Superiora Isabel Garnier y naturalmente pensé lo peor, pero cuál sería mi sorpresa cuando comprobé que el motivo de su llamado era felicitarme por habérmelas arreglado sola y por haber salido adelante. Por cierto, retó a las monjas cuando supo que la hermana, al abrir la puerta de mi pieza y ver que la "cantora" corría dando gritos guturales, ella salió también gritando que el demonio estaba en esa pieza. El gran alboroto alarmó a otra monja que también salió arrancando. La Superiora fue llamada para que viera lo que estaba ocurriendo, quien molesta reaccionó con las monjas por el caos que habían provocado por este hecho. Las hizo luego levantar la "cantora", quedando así a la vista el murciélago que tanto pánico provocó.

El episodio del murciélago y el susto de las monjas que veían en esta historia al demonio causó mucha risa a mis compañeras de colegio. No nos faltaba qué discurrir para entretenernos. Disfrutábamos de todo lo que sucedía. Siempre esperábamos algo imprevisto.

Era habitual para mí pasar unos días en Peñalolén, donde mis amigas Arrieta, compañeras de colegio, a las que visitaba en nuestras salidas programadas una vez al mes. Pasaba temporadas alojada con ellas y recibíamos a amigos que permanecían toda la tarde con nosotras, junto a un grupo de amigas y otras compañeras del colegio. Salíamos a caminar por el parque o bailábamos toda la tarde, en la sala de música.

Cuando estábamos solas, nos encantaba escalar los cerros, bañarnos en el estanque y andar a caballo. El estanque, según decían, era muy peligroso. Tenía más de cinco metros de profundidad y el fondo estaba lleno de larvas. Era agua almacenada para regar.

Era costumbre que en verano todos los días sábado y domingo llegaban de sorpresa, sin invitación, treinta a cuarenta personas a almorzar y pasaban el día, la mayoría intelectuales amigos de don Luis Arrieta, algunos como Hernán Díaz Arrieta, crítico literario cuyo seudónimo fue Alone, que era pariente y se quedaba a veces a alojar. Las conversaciones eran interesantes y variadas, lástima que nosotras éramos colegialas y nos sentábamos en la mesa del "pellejo". Hablábamos en forma discreta y en general oíamos. Una alabanza para la dueña de casa, que se mantenía en un segundo plano, era que llegara el número de personas que fuera, nunca se notó que faltaba algo o hubiera menos. Muchas veces, para algunos atrasados, se hacía espacio en la mesa, sirviendo como si nada faltara. Nunca me he podido explicar cómo doña Rosa Pereira, esposa de don Luis Arrieta, podía realizarlo con tanta naturalidad, sin inmutarse.

Entre los visitantes inesperados, apareció un día don Juan Domingo Perón, con su primera señora, una persona muy agradable y muy fina. Era la hora del té y en un momento inesperado para todos, nos dice, Perón, lo importante que seríamos si nos uniéramos y que el cono sur fuera un solo país. Se produjo unos minutos de silencio y alguien preguntó: ¿"bajo qué bandera"?, pues ¡"la Argentina"!, respondió. Agregó: "Cómo seríamos de importantes. Uds. tienen la materia prima y nosotros la usaríamos para producir". En ese entonces Perón era Agregado Militar en Santiago. Se produjo un desconcierto, ¿quién lo había llevado?. Fue una situación muy embarazosa y desajustada. Nunca me olvidaré. Lo encontramos de una descortesía, poca diplomacia y además ofensivo.

Gonzalo Vial, en una serie de suplementos publicados en el diario La Segunda, sobre los "Diarios de Alone", dedica el capítulo tercero a Alone en Peñalolén, desde donde hemos extraídos los párrafos siguientes:

"Don Luis Arrieta habitaba casi permanentemente en la casa de Peñalolén. Nacido en 1861 y muerto centenario. No obstante haber sido educado en los Padres Franceses, Arrieta era incrédulo total. Durante su juventud hizo de la casa precordillerana un centro musical de primera categoría. Hubo en esa época un conjunto Peñalolén, de gran fama, integrado por piano y cuerdas; formaba parte el mismo Arrieta, tocando el violín. Don Luis introdujo aquí a Wagner y desató con ello una larga y ardorosa polémica entre sus adeptos y los fanáticos de la lírica italiana.

Peñalolén tenía mesa abierta para los visitantes del Parque y amigos de la familia, sobre todo los días domingo. Solían reunirse así grupos de distintas edades, nacionalidades y vocaciones, quienes además solían no conocerse entre sí, pero de todos modos se terminaría conversando largamente, a veces por prolongadas horas.

Don Luis tuvo especial inclinación hacia Alone, su sobrino. No era que le faltaran hijos, su mujer Rosa le dio una docena.

Otros amigos que frecuentaban Peñalolén era Sara Hubner, Eduardo del Solar Correa, Pedro Prado, Osvaldo Vicuña, Carlos Charlín Correa, quien además de oftalmólogo e investigador, era hombre de amplísimos intereses culturales. Se hallaba en constante actitud de interrogarse, respecto de todo lo concerniente a las artes y a la ciencia.

Valentín Brandau, también era muy amigo de Alone, pero pelearon y no se vieron más. Sin embargo, Alone escribió al morir:

Minas de fierro. Propiedad de Manuel García, al interior de La Serena.

"Don Valentín era no sólo un deleite sino un manantial puro, reconfortante y nutricio, pero rígido de una sola pieza".

Ricardo Dávila, crítico literario de vasta cultura, era el perfecto humanista según Alone. Dávila y Brandau, diferían y disputaban sobre literatura. Eran amigos igualmente apasionados, pero tratándose de política, economía y sociedad coincidían. Dávila, Brandau y Arrieta tenían un feroz individualismo liberal.

Charlín, Eduardo Solar, Abel Valdés, Ripamonti, Manuel Ortúzar, el cura Browne, dos muchachas Huidobro Larraín, otra Calvo Respaldiza. Las conversaciones de siempre, sobre Ortega, los pinos, las siestas, el prólogo de Waldo Frank, el anochecer, una admirable luna tibia en el bosque entre las estatuas blancas.

El año 1937, una viajera norteamericana escribió sobre Peñalolén, "la casa no es gran cosa pero el sitio está muy bien elegido. Se haya situado casi como un nido de águilas, en una eminencia de la cordillera y detrás emergen los conos nevados de las montañas, los que lo convierten en un lugar más encantador y el agua brota de un manantial distante cuatro millas".

Analizaba Carlos Charlín con Solar Correa, el medio universitario en que los dos se movían y solían encontrarse allá en Peñalolén, con algunos representantes de la alta enseñanza nacional o extranjera. En algunas ocasiones, asistían personajes como don Juan Antonio Iribarren, el Dr. Armando Larraguibel o el profesor de la Sorbone M. Georges Dumas, gran amigo del dueño de casa, con quien hacían recuerdos parisienses. Peñalolén era eléctrico. La ciencia, la literatura se daban allí cita con la música, la pintura, la política y la diplomacia. Tenía uno delante de sí en la mesa, un domingo, a un gordo de cuello corto, buen comedor, buen charlador, hombre de sangre liviana y de erudición inmensa, autor de una historia de la mística española, más tarde, Ministro de Instrucción de España. Este gordo le preguntaba a su vecino ¿dónde podría hallar a un crítico literario? Y el vecino a quien se lo estaba preguntando era el mismo crítico, porque en aquella enorme mesa, a veces, no se sabía exactamente quiénes eran quiénes.

El embajador de Estados Unidos que tenía a su lado a un moreno, criollo, inteligentísimo, sagaz, era el Ministro de Hacienda Carlos Castro Ruiz, de trágica memoria".[2]

---

[2] Gonzalo Vial, "Diario de Alone", Capítulo 3, Alone en Peñalolén, Suplemento diario La Segunda.

Al lado y paralelamente al comedor, estaba la sala de música que tenía dos pianos de cola Steinway & Sons. Cuando llegaban concertistas tocaban y siempre tenían público que los oía. Entre estos pianistas estaba Herminia Racagni y Federico Dunker, entre otros.

La sala de música tenía muy buena acústica. Peñalolén mantenía en el tiempo su Centro Cultural.

Magali Arenas Zapata describe la belleza del lugar del Parque y de las caídas de agua, todo lo cual le confiere al conjunto gran valor patrimonial.

"En los alrededores se sentía ese espacio musical, por las bajadas de agua de las quebradas que eran vertientes naturales; caían de altos muros de ladrillos. La fuente del Cóndor estaba ubicada en la parte más alta del parque al pie del acueducto. Desde allí el agua comienza su recorrido por las distintas fuentes; el agua cae por una escalinata, reposando en receptáculos de diversos tamaños y niveles hasta llegar a una fuente semicircular, donde se concentra. Aquí y bajo el suelo a través de atarjeas, se desliza el agua hasta llegar a un gran estanque de almacenamiento.

Para salvar el desnivel, una escalera nos lleva a un patio octogonal de veintidós metros de diámetro, construido en un estilo de reminiscencias romanas. El recinto mantiene una pequeña pileta con surtidor de agua. Continúa aquí y, por una suave pendiente, se accede a la parte principal de este complejo acuático del Parque.

El agua vuelve a reaparecer para deslizarse por una pendiente central; en la rampla aparecen incrustadas varias lengüetas, por lo que el agua hace un bello efecto de sonidos. El conjunto para salvar el desnivel se ve adornado con estanques, siendo el de la parte inferior de forma rectangular y de mayor tamaño, lo que deslinda con la terraza trasera de la casa central. El conjunto lleva escaleras a ambos lados de la fuente y los receptáculos para desembocar en la terraza.
Realzando todo el conjunto y para una mejor simetría se conservan dos gigantescas palmeras y poco más retirado todavía, existen dos estatuas: Apolo de Belvedere y Diana Cazadora."[3]

Al llegar a las casas en la parte trasera, venía el agua de las quebradas que bajaba, haciendo juegos, para llegar al final de la amplia terraza en la que había un corredor con grandes plantas de jazmines que subían al segundo piso de este corredor techado. Allí tenían salida los dormitorios. Nunca he podido olvidar el permanente sonido de esta agua que bajaba noche y día, en constante movimiento con su vibrante acústica. Todo esto, el jardín con estatuas acompañadas de grandes árboles, la cordillera tan encima, le da algo muy especial.

Creo que disfruté mucho de ese paisaje, de esa naturaleza y el sonido del agua siempre me ha acompañado. Estando en Europa, varias veces sentí la vibrante acústica de su música acuática en los Jardines de la Villa D'Este, en Italia, al recordar Peñalolén.
Algo de Peñalolén quedó para siempre en mí...

Terminados los estudios secundarios, comencé a ir a fiestas, entre éstas algunos grandes bailes en mansiones que aún quedaban. Las niñas de 18 a 19 años, se estrenaban en sociedad. Casi todas pertenecían a una generación. Esperaban tener éxito entre los jóvenes, a los que generalmente no conocían.

Todos de etiqueta. Ellos de frac y las niñas en traje de baile. Ellas, por cierto, esperaban que las sacaran a bailar. Era todo un acontecimiento. Las que no tenían la misma suerte, se decía que "planchaban", situación bastante penosa, pues luego de pasar por esto, no tendrían ganas de volver a otro baile.

Las fiestas ya no me interesaban tanto. Creo que ya era tiempo para entrar a lo que iba a ser mi mundo. Pensando así, invité a mis amigas más cercanas a tomar el té para despedirme de ellas, porque había resuelto dedicarme por completo a la pintura y eso requería de una exclusiva dedicación. La poca plata que disponía tenía que usarla en mis trabajos. Les dije, "seremos igualmente amigas, aun cuando nos veamos poco".

En esas mismas fechas, se produjo la separación de mi padre por diversos motivos. En realidad esto se venía preparando hacía bastante tiempo, principalmente por la mala situación económica. No podía continuar con los gastos que producía la casa. El problema se agravó cuando se endeudó con el Banco

[3] Magali Arenas Zapata, "El rumor del agua". En Artes y Letras, diario El Mercurio de Santiago, 30 de julio de 1995.

Pedro Reszka, mi primer profesor de pintura.

de Chile, por pedir un préstamo para edificar un silo. Paralelo a esto plantó todos los potreros con papas, tubérculo que, en el año anterior, había tenido muy buena venta. Ese año tocó la mala suerte que las papas se agusanaron y perdió toda la cosecha, no logrando salvar nada.

Al no poder cumplir el compromiso de pago con el Banco, se vio obligado a vender el fundo "La Chacra El Castillo", herencia de mi madre, que mi abuela le pasó para que lo administrara. Quedó sin nada. Se puso a trabajar en lo que podía, entre otras cosas, repartía leche en un camión. No tenía prejuicios, pues pensaba que el trabajo no deshonra a nadie.

Mi padre, al poner término a la casa en que vivíamos, no podía tenerme con él y, de común acuerdo con mis tíos, me dejó con ellos. Pasé nuevamente a vivir con mis primos mellizos, gracias a que mi prima le pidió a sus papás que me trajeran para que viviéramos juntos, pues ella se daba cuenta de la situación inconfortable en que vivía.

Mi tío Manuel García, era el único medio hermano de mi madre. Me quedé a vivir con ellos a pesar de que la situación económica tampoco era brillante.

Con mis primos, Marta y Manuel García Rengifo, habíamos vivido juntos en el campo, hasta que mi tío, que era viudo, decidió contraer matrimonio en segundas nupcias, con Matilde Correa. Ahí los primos nos separamos, pues mi tío dejó el campo al constituir una nueva familia.

Ahora yo volvía a estar con ellos en circunstancias muy diferentes.

Mi tío vivía con su señora, con mi abuela y con mis primos. Constituían una familia estable, mientras mi padre quedaba solo y yo entraba a formar parte de esa familia. Volvía a estar con ellos por un tiempo más o menos largo. Me trataron con cariño y nunca me sentí allegada. Tengo el mejor recuerdo de esos años que viví con ellos, estaba totalmente asimilada.

Empecé mis clases de pintura con don Pedro Reszka, en mi casa. Era una vez por semana. Esto gracias a mi amiga Marta Monckeberg, compañera del colegio que tenía clases con él. Me invitó a su casa, a la hora de su clase, para presentarme. Don Pedro no me cotizó, cuando le dije que quería estudiar con él. Sólo manifestó: "Traiga algo la próxima semana", y se despidió.

A la semana siguiente le llevé un dibujo hecho en carboncillo de unos clarines movidos en diferentes direcciones y, también, un par de calas a la acuarela. En cuanto las miró, dijo: "¿Cuándo quiere empezar las clases?, si quiere mañana". Fijamos la hora y al día siguiente estaba don Pedro en mi casa. Me parecía asombroso poder ya empezar a cumplir mi destino de pintora.

Luego comenzaron las clases permanentemente todas las semanas. Cuando llegaba tenía mi cuadro al pastel, prácticamente terminado. Tomaba los colores, rojos, azules, verdes, etc., y me rayaba en todas direcciones sin compasión. Quedaba el suelo imposible y el que era antes un cuadro, ahora no existía ... Esto se repetía todas las semanas. Mi abuela, con quien yo vivía, se indignaba y decía: "Estaba tan bonito y no te dejó nada en su lugar". Yo no me quejaba de nada y empezaba nuevamente, sobre el mismo papel como me lo exigía.

Ya llevaba un tiempo haciendo lo mismo en todas las clases y un día me preguntó: "¿Y usted no llora?. Todas las alumnas se ponen a llorar". Le contesté: "No, porque como no sé pintar, no sé mezclar colores y después usted se va, cuando lo trabajo de nuevo me queda mucho mejor; se entremezclan todos los colores y consigo más sutileza y matizaciones". Después de esa ocasión, ya no me rayó más los papeles.

Con mi tía Matilde Correa, cabalgando en el Tofo, cerca de La Serena.

Pasaron unos seis meses, cuando un día me dice don Pedro, para gran sorpresa mía: "Si este cuadro lo termina bien, lo podemos mandar al Salón Nacional". Para mí, que no tenía idea de la existencia de los salones, fue una revelación. Era todavía tan ajena a lo cultural, sólo tenía claro que quería ser pintora y que ya había empezado a cumplir mi compromiso.

A la semana siguiente, cuando vino a la clase, me dijo: "Puede mandarlo al Salón como se lo había anunciado. Mándelo a enmarcar". A la vuelta de mi calle había una marquería de espejos y no se me ocurrió nada mejor que llevarlo allí. Quedé feliz cuando vi mi cuadro con un marco rosado. Por fortuna el cuadro al pastel era de tonos muy claros, por tanto no se notaba tanto y, por suerte, nadie me dijo nada de mi elección.

Vino la semana próxima y como siempre dio las clases. Tuve una nueva sorpresa, cuando me dijo: "¡Su cuadro ha sido aceptado por unanimidad, la felicito!". Eso quería decir que expondría un cuadro por primera vez en un Salón de pintores.[4]

Siete días después, como siempre, llegó a mi clase. Esta vez me dijo: "¡Su cuadro ha sido agraciado con una Mención Honrosa, la felicito!". Le conté a mis tíos y a mi abuela y no lo podían creer. "Tenemos que ir al Museo a ver tu cuadro al pastel". Nos arreglamos como era costumbre entonces y qué impresión tuve al ver mi cuadro colgado, con un título que decía "Mención Honrosa". Tenía además otro título que decía: Premio Paul Caulier. Me acerqué a la persona que estaba a cargo de atender la exposición, para preguntarle que significaba ese otro diploma. Me contestó que era un premio que se daba por primera vez y que era algo de plata, para la mejor Mención en todas las secciones.

Mis tíos y mi abuela me tomaron muy en serio. Les parecía increíble y con tan poco tiempo que había empezado las clases. Este éxito tan inesperado me hizo pensar que, a la vuelta de vacaciones, tenía que entrar al Bellas Artes, para tener más horas de clases, jornada completa.

En 1939 me presenté a dar el examen de admisión. No le dije a nadie por si fracasaba. Me quedaría bien callada. Saqué muy buena nota. El motivo para dibujar creo que era el Apolo. Eso me permitió saltar el primer año y entrar al segundo sin problemas. Había un Instituto de la Facultad de Bellas Artes, donde se podía estudiar las Humanidades desde tercer año. Revalidé mis exámenes, porque en la Monjas Francesas no tenían la exigencia de dar exámenes válidos. Fue bastante complicado, porque casi todos los ramos los estudiábamos en francés. Era tanto, que nos castigaban, una por hablar en la fila y dos, por hablar en castellano.

Logré sacar corridas de exámenes. Los profesores estaban escandalizados, porque muchos nombres de personajes no los sabía en castellano, sólo en francés, pero a pesar de tantas dificultades, logré dejar sólo para vuelta de vacaciones matemáticas, física y química.

En el Instituto tuve compañeros de clase que venían de Bellas Artes, del Conservatorio y de Artes Aplicadas. Éramos compañeros en la misma sala: Malucha Solari, en ballet; Alfonso

[4] El Salón Nacional era organizado por la Sociedad Nacional de Bellas Artes y se realizaba en el Palacio de la Alhambra, ubicado en la calle Compañía. El Palacio había sido donado por don Julio Garrido a la Sociedad Nacional de Bellas Artes. El Salón Nacional competía con el Salón Oficial.

Montecinos, pianista, que vive en los Estados Unidos; Elvira Savi, pianista, y varios más que no recuerdo sus nombres.

En 1939 entraba de lleno a cumplir con lo que yo consideraba mi destino.

Empezaban oficialmente las clases a las 8.30 horas. Me levanté temprano y me despedí de mi abuela. Ella me preguntó ¿a dónde vas tan temprano?. Abuelita, voy a la Escuela de Bellas Artes. La sentí como alarmada con mi contestación y no podía hacer nada, porque yo ya salía de la casa y estaba camino a la Escuela.

Cuando llegué de las clases me pidió que no le contara a nadie, pero llegaba una de sus sobrinas y yo le conté que estaba en Bellas Artes. A mi abuela no le gustaba nada mi contestación, pero yo le decía: "Pero abuelita, si ésta va a ser mi vida, les guste o no". Después ella era la más contenta y la que más gozaba con mis adelantos, especialmente si obtenía algún premio.

Ya en esa fecha mi abuela había cumplido los ochenta años. Tenía su cabeza completamente lúcida. Siempre pedía tener un día o algo más para estar consciente hasta el momento de morir. Sus deseos se cumplieron y murió tal como lo deseaba. Le dio un ataque al corazón y murió unas horas después.
Después que murió mi abuela Matilde, yo seguí viviendo con mis tíos. Para mí era natural vivir con ellos. Luego se casó mi prima Marta. Su matrimonio fue con un hijo de don Luis. Se casó con un Arrieta y vivió varios años en Peñalolén. Ahora, a mi antigua amistad con mis compañeras de colegio, se sumaba que estábamos emparentadas.

Mi tío Manuel García tenía una oficina de abogados en el edificio de la Bolsa y, además, tenía acciones de fierro en el norte, cerca de La Serena. Por este motivo, iba muy seguido al norte y, en algunas ocasiones, también íbamos mi tía y yo. En cuanto llegábamos al hotel, se empezaba a organizar el viaje hacia las minas. Teníamos que llevar de todo, hasta el agua, porque no había absolutamente nada ni tampoco donde abastecerse. Llegábamos a una casa abandonada, una cabaña que, en otros tiempos, había sido nido de piratas. Estaba cerca del mar. Lo oíamos, pero no lo veíamos, por los matorrales que eran bastante grandes y frondosos. La casa tenía cantidad de agujeros de balas, recuerdos de otros tiempos. Me encantaba mi pieza, porque estando acostada veía el cielo con las estrellas. Por suerte en el norte una lluvia era algo rara, por lo menos en esos tiempos. Las estrellas aparecían a través de los pedazos que faltaban en el techo.

En las tardes salíamos a caballo, llevando mantas de castilla, pues a la vuelta la camanchaca nos empapaba. No podíamos volver tarde por la oscuridad. En la noche aquella oscuridad era total y nos alumbrábamos con unos chonchones que algo servían, pero sólo lo indispensable para poder comer y luego acostarnos. Apenas veíamos, por eso yo disfrutaba tanto con las estrellas.

Volvíamos a La Serena y empezábamos una intensa vida social. Mis tíos estaban continuamente convidados a comidas. A mí me invitaban a casas de serenenses de mi edad. Mi prima no venía porque se había casado y mi primo no podía por su trabajo.

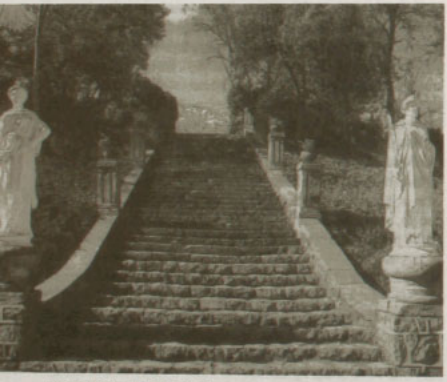
Estos viajes al norte me fascinaban. En una ocasión llegamos a La Serena justo un día antes del baile de Peñuelas, fiesta que daba La Sociedad Agrícola del Norte. Al saber que habíamos llegado y que estábamos en La Serena, fueron al hotel dos jóvenes a invitarme al baile que era al día siguiente. Uno de aquellos jóvenes era el hijo del Alcalde Donoso y el otro un amigo, Edmundo Illanes. Sin embargo, junto a mi tía Matilde, les contestamos que lo sentíamos mucho, pero que como no sabíamos, no había llevado traje de baile. Pero llegó de Santiago, a pasar unos días con nosotras, una cuñada de mi tía. Cuando oyó mi historia y mis lamentaciones, me contó que llevaba una camisa de dormir bastante fantástica y que no la había usado nunca, pues estaba recién hecha. Así, si yo me atrevía, me la podía probar para ver qué pasaba. Ella era más baja que yo, pero más gordita, y la camisa era de raso y al sesgo, pero hecha por el revés. Tenía un color verde agua maravilloso.

Me paré frente al gran espejo de un ropero antiguo que había en la pieza del hotel y cuál sería mi sorpresa cuando al probármela, como era al sesgo, ésta empieza a bajar ciñiéndose a mi cuerpo y me llegó hasta los tobillos. Me quedaba perfecta. No podía creerlo. A las tres nos dio ataque de risa, pero yo ya estaba lista para ir al baile al día siguiente.

Avisamos que había llegado una cuñada a la que le encargamos el traje, para que yo pudiera ir a la fiesta. A la hora indicada llegaron a buscarme los jóvenes que me habían invitado y partimos al baile de Peñuelas de la Sociedad Agrícola del Norte.

Mi camisa de dormir fue todo un éxito. Me sacó a bailar uno más asiduo de los dos que me invitaron, y cuál sería nuestra angustia cuando comprobamos que no salió nadie a bailar. La pista era enorme y no nos quedó más remedio que seguir, cuando de pronto un mozo, enviado por el Ministro de Agricultura, Mariano Fontecilla, pide que me acerque a la mesa porque quiere conocerme. No nos quedó más que ir. Para qué digo lo desesperados que estábamos. Nos lucimos sin remedio. Mis tíos que también fueron, como la mayoría de los asistentes, rodeaban la pista de baile sentados a la mesa, en las cuales participaban de una gran cena.

Se acercaban donde ellos a preguntarles dónde habían comprado ese maravilloso traje de baile. Los trajes de las serenenses, que estaban sentadas junto a mí, habían sido encargados a grandes tiendas y modistos. Yo, muy encantada con mi camisa de dormir, por cierto no me preocupaba mayormente de su procedencia.



Lo Arrieta, ubicada en Peñalolén, salida al Parque.

No parecía camisa de dormir por el escote. Tenía los hombros desnudos, sujetos por una argolla que me rodeaba el cuello, desde donde partía el género hacia la espalda, dejando un gran escote que terminaba en punta al llegar a la cintura.

Terminaba el baile y nos propusieron que nos juntáramos al día siguiente en la plaza, para invitarnos a un almuerzo en un fundo que estaba cerca de La Serena. Éste era de la familia Illanes Abbott. Nos juntamos más de veinte personas y partimos en varios autos. Fue un gran almuerzo. Nos llevaron a un Salón donde habían instalado varias mesas para jugar canasta. Yo sólo me senté en una orilla de una de las mesas, al no saber jugar. Me dedicaba a mirar cómo jugaban. Estaba absorta mirando, cuando en otra mesa un poco más distante había un joven que me miraba sin pestañar. Por cierto, esto me tenía muy incómoda y no sabía qué hacer. De pronto se levanta y me pregunta por mi nombre y el de mi mamá. Se trataba de Eduardo Carrasco Morel. Comienza con grandes exclamaciones de sorpresa ... "¡no puede ser que usted sea hija de Matilde Cerda! ... ¡Han pasado veinte años y la encuentro igual que cuando la dejé de ver!. Su mamá vivía en el fundo del frente y me encantaba, aunque yo era menor. Ella estaba de novia. Supe después que se había casado y que, al nacer su guagua, había muerto. ¡Me parece algo tan increíble verla nuevamente igual a como yo la conocí!. En el baile, ayer en Peñuelas, quise muchas veces bailar con usted y no me dejaban acercarme, para que usted siguiera bailando con mi amigo que estaba dedicado, pero para mí había algo especial y me parecía conocerla y no podía recordar dónde. ¡Imagínese mi impresión al verla nuevamente como en otros tiempos!". Después vino varias veces a verme a Santiago y me invitaba a pasear. Justo cuando él venía, rápidamente aparecía el joven que me sacaba a bailar en Peñuelas. Se turnaban todo el tiempo. Esto duró hasta que supieron que me casaba.

Mi tío Manuel no vivió muchos años después de la muerte de su madre. Se enfermó del corazón y tenía que hacer bastante reposo. Un día me pidió que convenciera a mi tía Matilde para

que fuéramos a un cine a fin de que ella se distrajera un poco, porque llevaba muchos días sin salir, preocupada de su salud. Me costó convencerla, pero mi tío no iba a estar solo, un amigo había quedado de ir a pasar la tarde con él.

Fuimos a ver una película al cine Metro, que estaba en la misma calle Bandera donde vivíamos, y estábamos muy tranquilas mirando, cuando nos llaman por los parlantes que salgamos al foyer. Ahí nos avisan que regresemos a la casa, pues al dueño de casa le ha dado un ataque. Todavía puedo recordar la angustia con que volvimos al departamento. Teníamos que subir cuatro pisos y nos encontramos con una escena impactante. Mi tío muerto, sentado en la cama, y la casa invadida de extraños. Sentado en el living un encargado de las pompas fúnebres. Me parece increíble que esto pueda suceder, que llegara hasta el cuarto piso a ofrecer sus servicios funerarios, mientras que a mi tío no lo había visto ningún médico. Mi tía se indignó y lo despidió, que se fuera inmediatamente, pues no había aún confirmación de ningún profesional y ya estaba ofreciendo sus servicios. Igual expulsó a todos los espectadores. Todo esto fue macabro. Siempre he lamentado haberle dado en el gusto a mi tío ese día y haber convencido a mi tía de salir. Podríamos haber evitado todo lo que tuvimos que lamentar. Se llamó a un médico que comprobó la defunción y ahí se siguió con los trámites legales. Viví un tiempo más con mi tía, con mi primo y con la nana que vivió con ellos toda la vida. En buenas cuentas, ella los crió por ser huérfanos y luego siguió viviendo con mi tía.

Con posterioridad a la muerte de mi tío, transcurrido algún tiempo y al mejorar la situación, mi padre me llevó a vivir con él a su departamento antes de que me casara. Era en Lira esquina de Alameda, departamento 5. Estaba viviendo ahí cuando se me ocurrió pintar en la terraza del edificio, mirando la Alameda con todo el tráfico y teniendo al fondo la Iglesia San Francisco. También realicé otro mirando la continuación de la Alameda, con el cerro San Cristóbal y al fondo, más lejana, la Cordillera.

Matrimonio de Ximena Arrieta con Sergio Marín Correa, efectuado en La Arrieta, 1940.

Pero ocurrió algo inesperado. En esa época nos encontrábamos en plena Segunda Guerra Mundial y el mayordomo del edificio estaba muy preocupado y extrañado por la vida misteriosa que nosotros hacíamos. Él no nos conocía y le parecía rara nuestra vida, porque salíamos muy temprano y llegábamos muy tarde. Llamó al dueño del edificio para informarle que en el departamento 5 había personas muy extrañas que no llegaban hasta la noche y que le parecían espías alemanes, y que ella pintaba en la terraza los planos de Santiago. El dueño del edificio era de apellido Lavandero y nos conocía personalmente, se rió a carcajadas y le contestó "esos alemanes que tú dices son de apellido Pérez y ella es pintora".

En ese mismo departamento le pinté un retrato a mi padre, aunque me costó bastante convencerlo que me posara en manga de camisas, leyendo el diario, como yo acostumbraba verlo, teniendo a su espalda la ventana abierta en la que veíamos el Cerro Santa Lucía y la Alameda con su tráfico de micros. Su deseo era un retrato más oficial, pero para mí era más convencional. Llegamos a un acuerdo, primero haría este retrato y luego el que él deseaba. Éste no lo realicé nunca, porque una vez terminado aquél tuvo bastante aceptación y obtuve el premio Edwards de retrato.

En una ocasión cuando el cuadro estaba casi terminado, aún colocado sobre el caballete, y la puerta estaba entreabierta, había un joven agachado encerando, el que con su cuerpo tapaba el caballete. El vecino del frente, al ver la puerta entreabierta, se asomó para saludar a mi padre y fue grande la sorpresa al levantarse el encerador y darse cuenta que sólo era un cuadro. No terminaban las exclamaciones de admiración y, en la noche, se asomó para decirle a mi padre la equivocación que había tenido con su retrato.

En ese departamento creo que realicé las mejores obras de mi etapa anterior, dentro de las que se cuenta una naturaleza muerta teniendo como fondo el Cerro Santa Lucía. Había junto a la ventana un almuerzo servido, cuyo plato principal era un bistec y agregados. El famoso bistec tuve que calentarlo varias veces para mantenerle un aspecto más apetecible. En la mesa tenía también una botella de vino, postre, etc. Sobre la cubierta de la mesa, en un mantel blanco, se producía un juego de luz gracias a los rayos del sol que jugaban sobre el mantel. Esta pintura, como varias otras, me anunciaba la geometría. Este cuadro fue a exponerse junto al envío chileno a la bienal de Sao Paulo de 1951.[5] En 1953, fui nuevamente invitada a exponer en la segunda bienal, siempre formando parte del envío de la pintura chilena. Esta vez envié una composición con dos figuras femeninas sentadas en una mesa circular. En 1951 también fui invitada a exponer en la primera bienal de Madrid, España. Siguieron sucediendo las invitaciones en los años siguientes a las diferentes bienales, tanto de pintura como de gráfica. Pinté en esos años un autorretrato. Fue pintado con bastantes dificultades. La tela la coloqué sobre el lavatorio del baño, teniendo a mi espalda una pequeña ventana que daba a un patio de luz. Yo me miraba en el espejo por sobre la tela. Ahí se asomó a mirar una vecina para ver lo que yo hacía, lo que aproveché para colocarla en mi cuadro. La pintura era un contraluz, por consiguiente las facciones no tenían la precisión de un retrato. Ese cuadro fue adquirido por la Pinacoteca de la Universidad de Concepción y desde entonces forma parte de esa colección.

[5] La primera versión de la bienal de Sao Paulo se desarrolló en el año 1951. Chile fue el segundo país en comunicar su participación. Ésta fue organizada por el Instituto de Extensión de Artes Plásticas y concurrieron 42 artistas chilenos. En la segunda versión nuevamente la participación chilena fue organizada por el Instituto de Extensión de Artes Plásticas y participaron 24 artistas.

La Pérgola de las Flores, óleo sobre tela, 59 x 47 cms., 1942.
Esta pintura la tenía Marta Benavente y la heredó su hermana que también murió.
Muestra La Pérgola, ubicada en la Alameda, al lado de la Iglesia de San Francisco.